

digno de quedar adornando solo, sin aplicacion ni utilidad, el pú dico retrete de la mas ruborosa inglesa.

El Genio de levita vieja, es el *histoire de rire* del mundo, la caricatura grotesca de toda la sociedad, el *clown* de todos los círculos.

La sociedad entera hace del talento desgraciado un envoltorio de trapos viejos y de ideas nuevas, y lo pone en un rincon.

Si Diógenes hubiera nacido en el siglo XIX, no encendiera por cierto su consagrada linterna para buscar á un hombre ó á una mujer.

Buscaria simplemente una levita, ó se veria condenado á *correr parejas* con ese desgraciado expendedor de hierros viejos á quien todos conocemos bajo el nombre de *Chencho el de las tenazas*.

Y sin embargo, Pelletan y otros muchos dicen:

El mundo avanza!

— Ah! — Ya comprendo! — dijo una vez Antonio, después de pensar lo anterior.

Ya comprendo!

Debo empezar por disfrazarme de nuevo.

¿De qué me vestiré?

De todo, de nada, de cualquiera cosa que no sea de lo que soy realmente.

Esto es, no debo vestirme de pobre!

El orgullo de Diógenes es puramente metafísico.

El Genio de levita vieja hoy como un objeto estúpido, como una copia de lo antiguo, como un vago entretenimiento pagano y

UNA ROSA Y UN HARAPO.
— ¿Por qué no soy como todos? — se preguntaba Antonio con las lágrimas que caían de sus ojos.
— ¿Por qué no he sido como todos? —
Todo mira de él cuando él quiere sonreír á todos.
Las mujeres se reían y él se reía y ellas se reían.

CAPÍTULO XVI.

LA ROSA Y LA CALAVERA.

LXIIIX.

¡Perdonadnos, ¡oh lectores! nuestras repetidas antítesis y nuestra incesante manía por todo lo contrastante!

Hemos tomado lecciones de vida «á peso de oro» y el mandarnos sujeta á un examen público.

Haced de cuenta, ¡oh queridos lectores! que lo que sigue es una confidencia emitida á cada uno de vosotros en secreto y perfectamente á solas.

Nuestro corazon se rehusaba á completar este estrambótico bouquet, y nosotros raras ocasiones sabemos oponernos á las sugestiones de nuestro corazon.....

Habia llegado la época de crisis para Antonio.

Esa época en la que el hombre naufraga en medio de la sociedad, sin saber nadar.

Esa época en la cual la sociedad repele al hombre por todas partes.

—¿Por qué no soy como todos?—se preguntaba Antonio con las lágrimas agolpadas á los ojos.

Y solo se contestaba:

—Porque no he sido como todos.

Todo huía de él, cuando él queria acercarse á todo.

Los hombres se guardaban su dinero y su favor, y muy al pasar le decian:

—¡Siente vd. la cabeza!

Las cosas, todas, todas las cosas parecian ponerse por delante gritándole:

—«Valemos dinero!.....»

Todo valia dinero, y Antonio estaba en mala posicion.

Vivia torturado con su guiñapo de levita.

Parecia condenado á llevar á cuestras un cadáver.

Al pasar por la casa de Eugenia solia verla en la ventana, siempre llena de flores y de brillantes.

Llegó un dia á llamar la atencion de la jóven; á la sazón que se adheria estrechamente á un árbol seco, pretendiendo ocultarle su miseria.

Al principio le pareció á ella una especie de accidente del árbol ó de subdivision de aquel añoso tronco.

Pero despues le reconoció trabajosamente y pensó:

—¡Jesus!..... ¡Oh Dios mio!..... O está *muy mal*, ó es muy puerco.

Y apartó la vista con disgusto.

Antonio notó este movimiento, y sin cuidarse ya de si era ó no visto, echó á andar lleno de desesperacion.

Entró desalado al jardin público llamado «Tivoli de Fortunet.»

Estaba solo.

Se internó lo bastante para perderse del todo, y allí, hablando en voz alta, dijo:

—Todo me abandona, todo, hasta esta casta ilusion, hasta este ensueño de felicidad, hasta este bello y último delirio de mi vida!

Y abrazándose de nuevo á otro árbol jóven, lozano y frondoso, rompió en llanto.

CI.

Hemos dicho que entre las excentricidades de Antonio durante aquella primera época de su amor desgraciado, se hallaba la de no dormir y pasar sus largas noches de vigilia en el salon de una especie de café de un suburbio.

Tambien hemos dicho que allí escribia y lloraba.

¿Qué escribia?

Esas páginas salpicadas de sangre, llanto y fango que el mundo llama literatura.

Escribia el testamento de su alma agonizante.

Legaba un puñado de cenizas y de harapos, de teorías, flores secas y estériles é incomprensibles conceptos.

Cabia en los ámbitos de aquella sala oscura y desmantelada, todo un mundo de fantasmas interlocutores de aquel feto de poeta de las sombras.

Decia y escribia allí, á solas, lo que jamás se hubiera atrevido á decir arrojándolo francamente á la cara del mundo.

Introducía allí el mundo, poblaba aquellas sombras de no sabemos qué universos malditos, númenes siniestros que engendraban las meditaciones y dictaban las páginas de Antonio.

Aquel excomulgado social se abstraía de todo.

El sol le importunaba como un *fashionabl* detestablemente cruel y zumbon.

Y era que veía que su ropa se declaraba sola, miserable á la luz del sol.

Amaba, pues, las sombras de la noche porque la noche le envolvía en su manto y ocultaba sus vergonzosas *poridades*.

Le era, en fin, preciso ponerse á *espíar* al mundo fuera del mundo y en un lugar en donde el mundo no pudiese espíarle á él.

Concurría á la vida de espectador; pero solía *impresionarle* demasiado el espectáculo.

En efecto, suele la sociedad representar dramas muy vehementes.....

Solía leer lo que habia escrito, y decia entonces con cierta entonacion de asombro:

—«¡Esto es horroroso!..... pero en fin..... ¡es cierto!»

Y él mismo se rehusaba á creer lo que era él mismo.

Aquel salon lóbrego, frio y tenebroso, era para nuestro desgraciado una especie de agigantada sepultura.

Solían girar hasta muy cerca de aquel solitario esas aves de la noche que graznan de una manera siniestra.

Antonio mismo solía creerse un vampiro.

Se daba horror.

Se palpaba solo, para convencerse de que era él.

—¡Quedara yo muerto aquí una noche!— solía murmurar algunas ocasiones, presumiendo que no dilataría en amanecer.

Aquella gran crisálida no debería jamás producir una mariposa.

Antonio, con sus eternas epidermis de *casimir*, se formaba muy á menudo un *tipo*.....

¡Oh! Pero hay algunos *tipos*.....

Una ocasion compró un sombrero de fieltro, ridículo, horroroso.

Al verse al espejo le vinieron deseos de preguntar:

—¿Quién es vd. para avisarme?.....

Una noche se encontró en su sala frente á frente con el demonio.

El mal, el placer, el amor, bajo sus mas peligrosas y terribles formas.

El prolongado salon estaba ahumado y sucio por todas partes.

Allí no habia cielo raso, sino vigas negras y llenas de telarañas, como fragmentos viejos de gasa.

En todas las paredes se veían pintados muñecos obscenos y pésimamente ejecutados.

Alguien habia escrito las frases mas indecentes y las palabras mas groseras.

Habia desvergüenzas soeces, infames.

Cuando Antonio llegaba, se le abría aquel antro inmediatamente.

El *patron*, como hemos indicado, prestaba una singular atencion á las moneditas de oro que nuestro jóven le deslizaba en la mano de vez en cuando, y estaba listo con la *charola*, la cafetera y la taza.

Aquel *patron* era un bandido.

Vivia de todos los recursos que proporeionan á los bandidos esas mil industrias tenebrosas, hijas legítimas é inseparables compañeras del desórden y de la mas repugnante *crápula*.

Antonio le era «el amo,» pues que le pagaba bien.

El amo ejercía sobre aquel hombre detestable una singular influencia, por dos razones:

Primera. Porque aquel loco que escribía y lloraba de noche, desvelándose é inundándose en café, llevaba siempre monedas de oro en el bolsillo de su chaleco.

Segunda. Porque en la bolsa del reloj del raído pantalon

de Antonio, se veía asomando la cabeza una cosa que preocupaba altamente al patron.

Constantemente se veía por la abertura del bolsillo la argentada argolla de una *pistola-monitor*.

El «*monitor*» *yankée*, que sirve para fulminar instantáneamente los rayos mortales, y que sirve tambien para hender el cráneo mas duro que un casco de paladin.

Antonio jamás dejaba de llevar como al descuido, ese pequeño aparato de pocas pulgadas y de grandes resultados.

Una noche, despues de servir el café el soñoliento morador de aquella mazmorra, habia preguntado á Antonio lleno de curiosidad:

—Y esto *quès?*— señalando la empuñadura del arma.

Antonio por toda contestacion disparó el *my friend*, como llaman los americanos al arma terrible, apuntando á una de las cabeceras del salon de la cual se hallaba mas distante.

La bala se introdujo una pulgada, y en seguida Antonio, para explicar el doble uso de su pistola, la convirtió en *boxeador* é hizo pedazos parte de la mesa.

El *patron* quedó *enterado* del uso de aquel extraño instrumento, y pudo explicarse el aplomo de su dueño para andar confiado por los mas apartados y solitarios suburbios de México.

Hemos dicho antes que una noche Antonio se encontró allí con el demonio.

Efectivamente, una noche no salió el patron á servirle, sino una mujer.

Una mujer redonda, bien formada, arrebatadora.

Era una ramera.

Una de esas mujeres que no respetan la circunspeccion ni el amor propio de nadie.

De esas que buscan la influencia de un extraño dominio so-

bre toda clase de hombres, al mismo tiempo que ladronas, que vampiros, roban toda la sangre y todo el oro.

Antonio se creia *asegurado* de tales incendios.

Mesalina, Aspasia, la misma Afrodita, no le hubieran inspirado otra cosa que lástima, y las hubiera regalado dos duros y un buen consejo.

Aquella mujer tenia unos ojos negros y, por decirlo así, «relampagueantes» de una expresion que parodiaba perfectamente un gran acceso de placer.

Habia allí una lubricidad densa, compacta, por expresarnos así.

Se acercó poco á poco, y sin embargo, su traje claro volaba, dejando ver unas piernas delgadas pero redondas, y unos piés grandes, estrechos é irreprochablemente calzados.

Tenia los cabellos sueltos, negros, abundantes.

Su cuello, sus hombros y su pecho estaban descubiertos, y hasta el menor movimiento de aquella muchacha estaba lleno de una molicie y de una voluptuosidad singulares.

Al acercarse notó Antonio que aquella jóven estaba perfumada.

Se quedó mirándola, sin mas objeto que procurar *ver* si recordaba quién era.

—No me es desconocida esta cara— pensó, y se quedó meditando y mordiendo maquinalmente una extremidad del mango de su pluma.

.....—«¡Ha visto vd.!.....»—Y no daba con ello.

—«Qué sé yo!»—murmuraba.

«Creo que ha de ser alguna bailarina á quien sin duda he visto medio desnuda en algun teatro.....o.....o.....»

«Pero no!..... *Aguardo aguardo.....*»

«Esta mujer *es*..... unas fotografias, ó hay unas fotografias como esta mujer.....»

«Esto es..... las que vendia Máximo *al contado*..... ¡Qué cosa! Y en tan diferentes posiciones, actitudes y trages..... Y esta dependiente, hija ó mujer de *mi patron*, ha pasado *muy cara*, ya como americana ó como francesa!.....

«¡Oh, qué farsas!»

Y Antonio llevó ambas manos á la cabeza y se puso á reir. Aquella muchacha, al ver que Antonio reia sin decir por qué, frunció el ceño y dijo:

—¿Qué sucede? ¿toma vd. esto, ó lo deja enfriar?

Antonio apartó sus papeles, y aproximándose la taza, se puso incontinenti á lanzar soplidos sobre el negro y caliente líquido y á apurarlo en pequeños sorbos.

La muchacha se sentó á su lado, y cruzando los brazos sobre el pecho, se puso á esperar sin proferir una sola palabra.

—¿Cómo se llama vd.?—le dijo Antonio por decirle algo.

—Qué, ¿tiene vd. mucho interes en saberlo?

—¿Yo?..... No!..... *lo que es interes, no.....*

—*Hum!* Pues me llamo *Chucha*.

—Muy bien, *Chucha*, y ¿qué ha sucedido con el *patron*?.....

—Y ¿yo qué sé?.....

—Esto es. De tal manera, que vd. es ahora la que.....

—¿No lo está vd. viendo?.....

—Sí, ya lo veo.

—Pues entonces.....

—Nada.

Y la jóven, sin añadir una sola palabra y sin que su cara se contrajese bajo la menor sonrisa, se quedó mirando á Antonio con descaro y como desafiándole.

Antonio se estremeció bajo aquella mirada audaz, pero irresistible.

Despertó el hombre un poco.

Antonio no iba allí para amoríos ni para calaveradas, y se

exasperó de que un demonio femenino se hubiese introducido á violar aquel recinto sucio y negro pero tranquilo, de sus meditaciones.

—¿Qué demonios viene vd. á hacer aquí?—la preguntó casi á gritos.

—A servir á vd., señor—le contestó ella bajando los ojos y con cierta mansedumbre.

—¿Y no me puede servir otro?

—*Lo molesto á vd.?*

—No digo eso; pero no sé quién es vd., no la conozco.

—Ya lo he dicho; soy *Chucha*.

—Yo vengo aquí á escribir algo interesante.

—Y yo á servir á vd.

Y al decir estas palabras, la jóven *descruzó* los brazos y dejó percibir vagamente los encantos de un pecho verdaderamente artístico.

Nada habia que contestar á esto, y Antonio se resolvió á quedar abismado.

Aquella muchacha, tan hermosa como desenvuelta, ningun mal le hacia, antes bien iba á *servirlo*.

—¡Pobre criatura! ¿Qué querrá?—pensó *para sí*.

Y despues, como alumbrado por una idea súbita, preguntó á la muchacha, procurando hacerlo con la mayor finura:

—¿Y á vd., *Chucha*, se le ofrece algo en que pueda yo servirla?.....

Y diciendo estas palabras, hizo sonar con cierto disimulo las monedas que llevaba en el bolsillo.

—¿A mí?..... ¡Mire vd.!

La jóven dijo esto con un aire perfectamente desdeñoso, y sacó de entre sus ropas un porta-moneda lleno de grandes piezas de oro.

Antonio sintió que la cara le ardia.